

Susana
Quadrado



Querido maestro

Un profesor de secundaria publicó el pasado viernes en este periódico una carta al director en la que expresaba de forma descarnada la indefensión de los docentes ante los “alumnos conflictivos a los que los profesores dedicamos nuestro esfuerzo en balde”. Estudiantes, añadía, que pasan de curso sin haber asimilado los conocimientos necesarios y a los que sólo se les pueden aplicar medidas disciplinarias irrisorias, “no vaya a ser que el alumno entre en depresión y algunos padres clamen al cielo por la injusta sanción a su hijo”. Los mismos padres que culpan al profesor de que sus niños suspendan... La carta era un relato desesperado de quien ha empezado a perder ya toda esperanza.

No conozco a Xavier Boté –ese era el nombre del maestro–, pero lo cierto es que me ha hecho reflexionar. Uno de los males del sistema educativo actual es haber tratado con demasiadas contemplaciones a los alumnos que no muestran el más mínimo interés ni en seguir la lección ni en estudiar. En su recomendable *L'escola contra el món* (La Campana), otro veterano maestro, Gregorio Luri, explica que la escuela ha perdido su razón pedagógica en favor de una razón terapéutica que ve el fracaso escolar o la indisciplina como un problema que padece el alumno y que es, por supuesto, involuntario. El mal estudiante pasa así a ser inmediatamente “merecedor de piedad”. El método terapéutico libera de culpa a todos los implicados: al niño porque tiene un problema; al profesor, porque lo ha detectado; a los padres, porque lo han asumido... ¡Y al final todo acaba en manos de un terapeuta o en inacabables clases de refuerzo! Creo que ha llegado la hora de poner a los adolescentes frente al espejo: sí al chaval le importa

Ya es hora de que dejemos de ver a los alumnos a los que todo les importa un comino como merecedores de piedad

un comino estudiar y abomina de todo lo que supone un esfuerzo, la principal responsabilidad del fracaso es suya. ¿Por qué ese empeño en que todos los chicos hagan bachillerato?

Si en algo no estoy de acuerdo, maestro Boté, es que los docentes sean derrotistas o victimistas. Si a la cada vez mayor desconfianza de la sociedad en la escuela le sumamos la desconfianza de los maestros, créame, el sistema se va al cuerno. Siempre ha habido profes buenos y profes malos. Por definición, el buen maestro sabe estimular la curiosidad, el interés y las capacidades de sus alumnos. Hoy, además, un buen profesor no sólo ha de tener ese don, sino que además tiene que saber torear la creciente falta de respeto en las aulas. ¿Cómo? Releo a Luri: con autoridad, que no tiene por qué ser disciplinaria. Autoridad es signo de autoestima. Los profesores no pueden dimitir de esa responsabilidad por tropiezos que tengan, y mucho menos rebajar el nivel de exigencia para mayor gloria de los pasotas de la clase.

Querido maestro, sé que un asunto tan complejo y con tantas aristas no puede despacharse en el espacio de esta columna. Le animo a que no se rinda.

squadrado@lavanguardia.es